

Un fenómeno complejo

Por PEDRO GONZÁLEZ LLORENTE sj.

Cuando nuestros oídos escuchan la palabra “comunicación”, automáticamente nuestra imaginación salta a la televisión o la radio, la prensa o el cine: es decir, a los “medios de comunicación”. Este hecho sugiere que, para muchas personas, “comunicación” es lo mismo que “medios de comunicación”. Sin embargo, esta relación es falsa: la comunicación como fenómeno humano, como actividad de nuestra mente, nuestro espíritu y nuestro cuerpo es muy anterior al surgimiento de los medios de comunicación.

Este hecho sugiere que, para muchas personas, “comunicación” es lo mismo que “medios de comunicación”. Sin embargo, esta relación es falsa: la comunicación como fenómeno humano, como actividad de nuestra mente, nuestro espíritu y nuestro cuerpo, es muy anterior al surgimiento de los medios de comunicación.

Todavía no se habían inventado la radio y los periódicos, y ya el ser humano se comunicaba con sonidos, con gestos, con muecas. Desde que un niño nace, ya se está comunicando, a través de sus gritos, sus gorjeos, sus movimientos de brazos y piernas, su llanto o su risa. No existía aún la televisión, y ya el hombre primitivo dibujaba animales y cazadores en las paredes de piedra de las cuevas primitivas.

La imagen creada por la mano del hombre existe mucho antes que la imagen impresa en el papel o que la imagen en movimiento de la pantalla de cine.

El intento de captar el movimiento en una escultura como el Discóbolo es muy anterior al intento de captar el movimiento en el celuloide.

La comunicación humana es un fenómeno muy complejo, que ocurre a distintos niveles o dimensiones de mi persona.

¿No es acaso comunicación cuando yo me levanto en la mañana, me miro al espejo y me pregunto “¿cómo dormí anoche, qué me gustaría hacer hoy, cómo puedo resolver tal asunto pendiente?”

¿No es comunicación cuando me siento en el sillón solitario, entro en mí mismo y hablo a Dios que está en mi interior, en lo más secreto de mí mismo: “Señor, gracias por este nuevo día. Ayúdame a vivirlo en paz y armonía, en actitud de amor y servicio a los demás”.

¿No es acaso comunicación cuando la vecina toca la puerta de la casa de al lado y grita: “¡Fefita, llegaron los huevos!”

¿Y qué decir cuando llego a mi salón de clases y me reúno con el grupo de estudiantes, “muchachos, ¿cómo les fue con las paginas que debían leer? ¿O cuando llego a la oficina donde trabajo y participo en una reunión: “las metas para esta próxima etapa son tres, la primera...”?

En todos estos casos hay algún tipo de comunicación, y sin embargo, en ninguno de ellos se refiere a la comunicación mediática.

Esta realidad nos confirma la afirmación de que la comunicación es un fenómeno complejo, anterior a los medios de comunicación, que sólo vienen después. Primero son el hombre y la mujer, seres en relación, seres en comunicación. El ser humano es un-ser-en-comunicación. Después vienen los medios, los recursos, los artificios que permiten ampliar la comunicación.

Partiendo de los ejemplos anteriores, podemos tratar de descubrir cuántos tipos o niveles de comunicación existen.

Los cuatro niveles de la Comunicación

Lo que sucede en el salón de clases o en la reunión de la oficina, es un tipo de comunicación que acontece dentro de un grupo. Podemos hablar entonces de “comunicación grupal”. Se trata de un proceso comunicativo que sucede al interior de un conjunto de personas, donde suele haber una persona que coordina, que conduce la reunión, pero donde todos participan. Hay comunicación porque todos escuchan y todos pueden hablar. La palabra va de ida y vuelta. No solamente de ida, como sería si solo el profesor hablara y los estudiantes no pudieran responder nada ni opinar. En este caso la comunicación quedaría incompleta, como frustrada. Esta comunicación requiere de un clima de confianza y compañerismo, exige una actitud de escucha y apertura, sinceridad, capacidad de expresarme a mi mismo, honestidad, capacidad de escuchar opiniones distintas a la mía, sin que eso implique conflicto.

Otro nivel de la comunicación queda evidenciado de manera palpable cuando la vecina toca a mi puerta y me da una buena noticia. En ese momento estamos en presencia de la comunicación interpersonal. Una persona me comunica un mensaje, y yo lo escucho y le respondo, y ahí puede comenzar un diálogo más largo. Otra vez la palabra va y viene, ambos escuchan y ambos hablan. El diálogo interpersonal, la conversación entre dos personas, tiene sus requisitos: sinceridad, transparencia, honestidad, verdad, intimidad, comprensión del otro, apertura, capacidad de escucha.

Cuando yo me siento en el sillón a hablar con Dios, que habita en mi interior, o lo que sucede cuando me miro al espejo y reflexiono o hablo conmigo mismo, es una comunicación interior, interna. Podríamos llamarla comunicación intrapersonal. O comunicación íntima. En este nivel me comunico conmigo mismo, con mi yo más profundo, trato de descubrirme más a mí mismo, quién soy, cómo soy, de dónde vengo, a dónde va mi vida, qué estoy haciendo con mi vida. O bien me predispongo a escuchar al Dios que habita en mí, que hace de mí su Templo. Dios que me habita porque me ha creado. O me habita porque ha venido a mí de forma sacramental en el Bautismo, en la Eucaristía, en la Confesión. Quién eres tú, Señor, qué quieres de mí, qué esperas de mi vida. Cómo puedo realizarme en esta vida y responder a lo que Dios espera de mí.

Ya podemos aproximarnos a una primera clasificación:

Primer nivel: la comunicación intra-personal

Segundo nivel: la comunicación inter-personal

Tercer nivel: la comunicación grupal

Cuarto nivel: la comunicación masiva, es aquí donde hacen su entrada los medios masivos de comunicación.

En los tres primeros niveles el ser humano puede apoyarse en tecnologías menos o más sofisticadas: por ejemplo, un libro para enriquecer la comunicación intrapersonal, o un teléfono para hacer posible la comunicación interpersonal a distancia, o un micrófono conectado a un amplificador para una efectiva comunicación grupal. Pero estos tres tipos de comunicación existen antes del invento de cualquier tecnología. Esta última puede ayudar, apoyar, aumentar la calidad de esa comunicación. Pero siempre ha venido después.

La Evangelización

Pasemos a la segunda palabra del título: Evangelización. ¿Qué tiene que ver la Comunicación y sus cuatro niveles con la Evangelización?

El acto de Evangelizar es un acto de comunicación. Se trata justamente de comunicar un mensaje, una buena noticia, un Evangelio. El acto de Evangelizar es también complejo, comprende varias dimensiones, se desarrolla a través de etapas, va introduciendo cambios y compromisos en la vida de la persona, y no termina nunca.

El Acto de Evangelizar se apoya y se realiza en los cuatro niveles de comunicación e inevitablemente debe tenerlos en cuenta a los cuatro.

Generalmente la acción de Evangelizar comienza por el nivel dos o por el tres. Un testimonio de fe en medio de una conversación interpersonal, suele ser la primera semilla que abre a la fe del otro.

Un creyente descubre el desánimo de un amigo no creyente, que acaba de perder a su esposa en un accidente. “Todo se terminó. No volveré a verla más. Se me terminó la alegría. Es mejor morir”

Es el momento para que el creyente encienda una vela de esperanza con su testimonio: “yo creo que la vida no termina con la muerte, sino que hay otra vida, hay alguien que nos toma tan en serio que rescata nuestra vida del abismo”. Este primer testimonio de fe, puede ser rechazado o aceptado, puede provocar la burla o ser el inicio de la fe en la otra persona. Y ha sido un acto de comunicación interpersonal.



El diálogo interpersonal es una dimensión que no debe faltar en cualquier proceso de Evangelización y de catequesis. Un buen catequista debe reservar momentos de encuentro personal con cada uno de sus catequizandos. Suelen ser momentos de una riqueza extraordinaria, de mucho valor para ambos.

El otro contexto apropiado para el comienzo y el desarrollo de la evangelización es el contexto grupal: una clase de catecismo para niños, o una serie de encuentros con adultos que se preparan para la Confirmación, o un encuentro con parejas que se preparan al matrimonio, suceden en contextos grupales. Y deben respetarse las leyes o normas de una sana comunicación grupal. Especialmente la norma de que todos escuchan y todos pueden hablar a su momento. Si el evangelizador no abre un espacio de confianza para que su grupo se manifieste, está desperdiciando las posibilidades que ofrece el grupo. El contexto grupal suele ser un espacio ideal para escuchar los testimonios de cómo cada uno vive su fe, cómo experimentan a Dios en sus vidas, cómo hacen frente a las tentaciones, a las trampas que nos pone la misma vida. La fe de unos fortalece la fe de los otros.



Todo proceso de evangelización debe guiar al individuo a entrar en su mundo interior. Una buena catequesis debe ir estimulando a los catecúmenos a la reflexión privada, y sobre todo, a la oración privada. Y esto sucede en contextos de comunicación intrapersonal. Una catequesis, o un curso de fe, que no desemboca en la reflexión privada, o en el encuentro personal con el Señor, se está quedando a medio camino. En cambio, aquella que provoca el encuentro frecuente y cotidiano con Dios, y una vida de reflexión y de interiorización, está sembrando la buena semilla. Es el primer nivel de la comunicación.

Por último, llegamos al cuarto nivel, la comunicación masiva, el aporte de los recursos de los medios masivos a la evangelización. La imagen con sonido en movimiento, el cine, el video y la televisión, pueden ser muy enriquecedores en todo proceso de evangelización.

Una buena película sobre la vida de Jesús, o sobre la Madre Teresa de Calcuta, o sobre Monseñor Romero, no solo enriquecen la imaginación con un archivo de imágenes diferentes y llenas de vida, sino que nos permiten vivir experiencias de fe y de oración, o nos ofrecen caminos que nos inspiran, o nos cuestionan o nos orientan. Un documental sobre el Bautismo, o sobre el Sacramento del Matrimonio, nos permite canalizar ideas y conceptos, o intuir realidades profundas, con el apoyo de la imagen, que a veces son más difíciles para comunicar simplemente con palabras. Una historia de la vida real, un drama familiar, contado en un video corto con final abierto, puede desencadenar un diálogo sobre nuestras propias vidas o sobre la realidad en que vivimos, con preguntas sobre cómo cambiar y mejorar esa realidad, o qué podemos hacer para ayudar a los marginados más necesitados.

El aporte de los recursos audiovisuales va más allá de un simple apoyo al proceso de evangelización. Una historia real de la vida, contada en verdadero lenguaje audiovisual con estructura dramática, activa una parte de nuestro cerebro habitualmente en reposo, y nos permite sentir, intuir, y profundizar sobre el sentido de la vida, de nuestra propia vida y la de nuestros semejantes. Puede ser el punto de partida para un proceso de catequesis y de evangelización, semejante al que utilizaba Jesús cuando contaba una parábola y luego hacía preguntas a los oyentes, como “¿cuál de estos tres se portó como prójimo del que cayó en manos de los asaltantes?”. Y luego les decía: “vete y haz tú



lo mismo”. Integrar el recurso audiovisual a la evangelización supone una nueva manera de evangelizar, que implica cambios tanto en la persona que evangeliza, como en el método utilizado, y en el mismo destinatario del proceso, y enfatiza mucho la participación de los catequizandos. Pero, esto es ya tema para una entrega posterior.

Examinemos nuestra acción de evangelizadores. Preguntémonos si de alguna manera incluimos e integramos los cuatro niveles de la comunicación, o simplemente trabajamos con un solo nivel. ¿Es posible crecer como testigos de Jesús si crecemos en nuestra manera de comunicarnos, si nos comunicamos de manera más integral y completa? Nosotros pensamos que sí.